

porque no solamente no dan ellos valor á las esperiencias físicas, sino que las desprecian, y aun las atribuyen cierta ligera idea de impiedad, viniendo desde muy alto este sentimiento confuso. Cuando toda la Europa fue cristiana, cuando los sacerdotes fueron los institutores universales, cuando todos los establecimientos de Europa se cristianizaron, cuando la teología tomó su puesto á la cabeza de la enseñanza, y las otras facultades se fueron colocando á su alrededor, como damas de honor en torno de su soberana, estando así preparado el género humano, se le dieron las ciencias naturales. *Tantæ molis erat, romanam condere gentem!* La ignorancia de esta gran verdad ha sido causa de que se extraviasen muy buenos talentos, sin exceptuar á Bacon, y aun principiando por él.

EL SENADOR.

Ya que me lo recordais, os confieso que lo he hallado mas de una vez sumamente entretenido con sus *desiderata*. Parece un hombre que patea al lado de una cuna, quejándose de que el niño á quien se mece, no es ya profesor de matemáticas ó general del ejército.

EL CONDE.

Está muy bien dicho en verdad, y no sé si aun fuera posible sutilizar sobre la exactitud de vuestra comparacion; porque las ciencias al principio del siglo XVII no estaban como un niño en la cuna. Sin hablar del ilustre religioso, de su nombre que le habia precedido tres siglos en Inglaterra, y cuyos conocimientos podian aun merecer á los hombres de nuestro siglo el título de *sabio*. Bacon era contemporaneo de Keppler, de Galileo, de Descartes, y Copérnico le habia precedido; estos cuatro gigantes solamente, sin hablar de otros cien personajes menos célebres, le quitaban el derecho de hablar con tanto desprecio del estado de las ciencias, que arrojaban ya en su tiempo una luz resplandeciente, y que eran en el fondo todo cuanto entonces podian ser. Las ciencias no son lo que Bacon imaginaba. Ellas brotan como todo lo que germina; crecen como todo lo que crece, y se unen al estado moral del hombre. Aunque libre y activo, y capaz por consecuencia de entregarse á las ciencias y de perfeccionarlas, como todo lo que ha estado á su alcance, se halla no obstante entregado á sí mismo en este punto, acaso menos que en otro cualquiera: pero Bacon tenia gusto de injuriar los conocimientos de su siglo, sin habérselos podido apropiarse nunca; y no hay cosa mas rara en la historia del talento humano, que la

imperturbable obstinacion con que este hombre célebre, no cesó de negar la existencia de la luz que brillaba en su alrededor, porque sus ojos no estaban conformes en el modo de recibirla, pues no hubo un hombre mas extraño que él á las ciencias naturales, y á las leyes del mundo. Con justicia han imputado á Bacon el haber entorpecido la marcha de la química, procurando ó tratando de hacerla mecánica, y estoy admirado que el baldon se le haya dirigido en su misma patria, por uno de los primeros químicos del siglo (1). Todavía ha sido peor el que retardase la marcha ó accion de esa filosofía trascendental ó *general* con que no ha cesado de entretenernos, sin que nunca le cupiese duda de lo que debia ser; ha inventado tambien palabras falsas y peligrosas, segun la acepcion que las ha dado, como la de *forma* por ejemplo, que ha sustituido á la de *naturaleza* ó *esencia*, y de la que la groseria moderna no ha dejado de apoderarse, proponiéndonos con la mayor formalidad, que busquemos la *forma* del calor, de la expansibilidad etc.; ¿y qué sabemos si llegará un dia, siguiendo esta marcha, en que nos enseñen la *forma de la virtud*? El númen que arrastraba á Bacon, todavía no era adulto en la época en que escribia; sin embargo ya se la veia fermentar en sus escritos, en los que bosqueja osadamente los gérmenes que hemos visto nacer en nuestros dias. Lleno de un corage maquinal (cuyo origen y naturaleza él mismo desconocia), contra toda idea espiritual, llamó Bacon con todas sus fuerzas la atención general á las ciencias naturales, hasta disgustar al hombre de todo lo demas. Rechazaba ó despreciaba la metafísica, la psicología, la teología natural, la teología positiva, y guardaba esta bajo llave en la iglesia, con prohibicion de que saliera: deprimia sin descanso las causas finales que llamaba *remoras*, unidas ó atadas á la nave de las ciencias; y se atrevió á sostener sin rodeos, que la indagacion de estas causas, dañaba á la verdadera ciencia; error tan grosero como funesto, ¿podrá creerse? error contagioso aun para los talentos bien dispuestos, hasta el punto de que uno de los discípulos mas fervientes y mas apreciables del filósofo inglés, no ha sentido temblar su mano al advertirnos, *que cuidáramos de no dejarnos engañar por el orden que observamos en el universo*. Bacon, nada ha olvidado para disgustarnos de la filosofía de Platon, que es el prefacio humano del Evangelio; y ha elogiado, esplicado y propagado la de Demócrito; es decir, la filosofía *corpuscularia*; esfuerzo desesperado del materialismo llevado á su término, quien viendo que la materia se le escapa, y nada esplica, se sumerge en puntos infinitamente

(1) Blackis lectures on chemistry. London, in 4.º tomo I, p. 261.

pequeños, buscando por decirlo así, la materia sin la materia, y siempre satisfecho aun en medio de los absurdos, en todo aquello en que no halla inteligencia. Conforme á este sistema de filosofía, Bacon escita á los hombres á buscar la causa de los fenómenos naturales en la configuracion de los átomos ó de las moléculas constituyentes, idea la mas falsa y mas grosera que haya manchado el humano entendimiento. Y ved ahí por que el siglo XVIII, que no ha querido y ensalzado á los hombres, mas que por lo que tienen de malo, ha hecho de Bacon su Dios, negándole al mismo tiempo nada menos que el hacerle justicia por lo que tiene de bueno y de excelente. Es un grande error el creer que ha influido él, en la marcha de las ciencias; porque todos los verdaderos fundadores de estas, le precedieron ó no le conocieron. Bacon fue un barómetro que anunció el buen tiempo; y porque lo anunciaba, se le creyó autor de él. Walpole su contemporáneo, le ha llamado el *profeta de la ciencia* (1) esto es cuanto se le puede conceder. He visto el dibujo de una medalla acuñada en honor suyo, cuyo cuerpo es un sol saliente con el lema *exortus uti cethereus sol*. No hay cosa mas evidentemente falsa, yo pasaría mas bien por una aurora con la inscripcion de *Nuntia solis*, y aun podia haber en eso exageracion, porque cuando Bacon se levantó eran lo menos las diez de la mañana. La inmensa nombradía que ha adquirido en nuestros dias, no se la debe mas que á su parte ó lado reprehensible, segun os lo indicaba ahora mismo. Observad, que no se le ha traducido en francés, hasta fines de este siglo, y por un hombre que nos ha manifestado naturalmente: *Que tenia contra su sola esperiencia, cien mil razones para no creer en Dios!*

EL CABALLERO.

¿No teneis miedo, señor Conde de ser apedreado por tales blasfemias, contra uno de los *grandes Dioses* de nuestro siglo?

EL CONDE.

Si cumpliera con mi deber, haciéndome apedrear, seria preciso tener paciencia, pero dudo que vengan á apedrearme aquí. Aun cuando se tratase de escribir y publicar lo que os digo, no vacilaria un punto; poco miedo tendria á las tempestades, tal es lo persuadido que estoy, de que las verdaderas intenciones de un escritor, son siempre conocidas, y que todo el mundo les hace justicia. Estoy seguro de que me creerian cuando protestase ó ase-

(1) Véase el prefacio de la pequeña edicion inglesa de las obras de Bacon, publicada por el doctor Schaw. Londres 1802, 42. vol. en 12.

gurase, que me creo inferior en talentos y en conocimiento á la mayor parte de los escritores que teneis en la mente en este momento, tanto, cuanto los escedo por la verdad de las doctrinas que profeso. Me complazco tambien en confesar, esa primera superioridad, que me suministró materia de una meditacion deliciosa, sobre el inestimable privilegio de la verdad, y de la nulidad de los talentos que se atreven á separarse de ella.

Se podria llenar un gran libro, señores, sobre el daño que se ha causado á todas las producciones del ingenio, y aun al caracter de sus autores, por los errores que han profesado, desde hace tres siglos. ¡Qué materia si se tratase como merece! Seria una obra tanto mas útil, cuanto que descansaria enteramente en hechos, de manera, que daria poco campo á disputas ó sutilezas. Puedo sobre este punto citaros un ejemplo sorprendente, el de Newton, que se me presenta en este momento, como uno de los hombres mas ilustres en el imperio de las ciencias. ¿Qué le ha faltado para justificar plenamente el bello trozo de un poeta de su nacion, que le ha llamado, *pura inteligencia prestada á los hombres por la Providencia, á fin de explicarles sus obras?* (1) Le ha faltado el no poder sobreponerse á las preocupaciones nacionales: porque ciertamente si hubiese tenido una verdad mas en la imaginacion, habria escrito un libro menos. Que le ensalcen en buen hora cuanto quieran, á todo suscribo, mientras que no salga de su lugar, pero si desciende de las altas regiones de su genio, para hablarme de la *gran cabeza y del cuerpo pequeño*, ya nada le debo, no existen en todo el círculo del error, y ni aun puede haber, ni nombres, ni clases, ni diferencias, Newton es igual á Villiers.

Despues de esta profesion de fé, que no me canso en repetir, vivo en paz conmigo mismo. De nada me acuso, os lo aseguro, porque sé lo que debo al talento, aunque tambien sé lo que debo á la verdad. Por otra parte, señores, *ha llegado la época*, y todos los idolos han de caer. Volvamos si gustais á la cuestion.

Encontrais la mas pequeña dificultad en esta idea: que la oracion, es una segunda causa, y que no es posible hacer la mas pequeña objecion contra ella, que no pudiérais hacer del mismo modo contra la medicina, por ejemplo: *ese enfermo, ha de morir, ó no ha de morir; con que es inútil rogar por él; y yo digo; luego es inútil administrarle remedios, luego no existe la medicina.* ¿En dónde está la diferencia, decidme? No queremos fijar la atencion, en que las segundas causas, se combinan, con la accion superior. Ese enfermo *morirá ó no morirá*: si, sin duda, morirá *si no toma remedios* y no

(1) Pure intelligence whom God to mortal lent. to trace bis bourness works from law sublimely simple.

(Tohmsen's seasons, the summer.)

morirá, sise *los administran*: Esta condicion, si es permitido espre-  
sarse asi, *forma parte* de los eternos decretos. Dios es sin duda el  
motor universal, pero cada ser se mueve segun la naturaleza que  
ha recibido. Vos mismos, señores, si quisieseis traer aqui aquel  
caballo que vemos allá bajo en la pradera, ¿cómo lo hariais?

Lo montaríais ó lo traeríais por la brida, y el animal os obe-  
deciera, *segun su naturaleza*, por mas que tuviese toda la fuerza  
necesaria para resistiros y aun para mataros de una coz. Que si  
gustáseis que viniese con nosotros el niño que estamos viendo  
jugar en el jardin, le llamaríais, ó bien como no sabeis su nom-  
bre, le haríais alguna seña, la mas inteligible para él seria la de  
enseñarle este bizcocho, y el niño vendria *segun su naturaleza*.  
Si necesitaseis, en fin, un libro de mi biblioteca, iríais á buscar-  
le, y el libro seguiria á vuestra mano, de una manera pura-  
mente pasiva, *segun su naturaleza*. Es una imágen muy natural  
de la accion de Dios para con las criaturas. El mueve á los ánge-  
les, á los hombres, á los animales, á la materia bruta, finalmente,  
todos los seres; pero cada uno *segun su naturaleza*, y habiéndolo  
creado libre, al hombre, se mueve libremente. Esta ley es ver-  
daderamente la *Ley eterna*, y es preciso creerla.

## EL SENADOR.

Creo con todo mi corazon lo mismo que vos; sin embargo es  
preciso confesar, que la armonia de la accion divina con nuestra  
libertad, y los acontecimientos que de ella penden, forma una de  
esas cuestiones en la que la razon humana, aunque esté conve-  
nida, no tiene sin embargo fuerza para desechar cierta duda que  
procede del miedo, y que siempre le asalta á su pesar. Es un  
abismo al que mas vale no mirar.

## EL CONDE.

De ninguna manera depende de nosotros, mi buen amigo, de-  
jar de mirar; lo tenemos delante de nosotros, y para no mirarlo,  
fuera preciso ser ciegos, lo que seria mucho peor que tener mie-  
do. Repitamos mas bien, que no hay filosofia, sin el arte de des-  
preciar las objeciones, de otra suerte, los mismos matemáticos  
se espantarían. Confieso que al pensar en ciertos misterios del  
mundo intelectual, se va un poco la cabeza. No obstante puede  
uno afirmarse enteramente; y la naturaleza misma nos lleva al  
camino de la verdad, cuando se la pregunta juiciosamente. Sin  
duda mil y mil veces habreis reflexionado en la combinacion de  
los movimientos. Corred por ejemplo de Oriente á Occidente,  
mientras que la tierra gira de Occidente á Oriente. ¿Qué vais á ha-

cer corriendo? Supongo que quereis recorrer á pie una *VVersta*  
en ocho minutos de Oriente á Occidente: Lo habeis hecho: ha-  
beis conseguido el objeto; estais cansado, lleno de sudor, sufris  
en fin, todos los sintomas del cansancio: mas que queria ese po-  
der superior, ese *primer móvil*, que os arrastra con él? Quería, que  
en vez de avanzar de Oriente á Occidente, retrocediéseis en el espa-  
cio con una celeridad increíble, y esto es lo que ha sucedido.  
Los dos habeis hecho lo que queríais. Jugad al volante en un bu-  
que que se cimbree; ¿hay en el movimiento que lleva el volante y  
á vol algo que moleste vuestra accion? Lanzais el volante de proa  
á popa con una prontitud igual á la del buque, (suposicion que  
puede ser de rigurosa verdad), ambos jugadores hacen cierta-  
mente *lo que quieren*, pero el primer móvil ha hecho tambien *lo  
que queria*. El uno de los dos creía que *lanzaba* el volante, y no  
ha hecho mas que detenerlo, el otro le ha salido al encuentro en  
ugar de aguardarlo como creía, y recibirlo en su raqueta. Aca-  
so direis, que puesto que no habeis hecho todo lo que creíais, no  
habeis hecho cuanto queríais? En tal caso no repararíais que  
la misma objecion puede hacerse del móvil superior á quien pu-  
diera decirse, que queriendo arrojar el volante, este se ha que-  
dado nada menos que inmóvil. El argumento valdria igualmente  
contra Dios. Puesto que se tiene que sentar, que la potencia di-  
vina puede ser molestada por la del hombre, precisamente con  
tanta fuerza como para sentar la proposicion inversa, resulta que  
es nulo en uno y otro caso, y que las dos potencias obran juntas  
sin perjudicarse.

Puede sacarse mucho partido de esa combinacion de las fuerzas  
motrices que pueden animar á la vez al mismo cuerpo, qualquie-  
ra que sea su número y direccion, y que todas tienen su efecto tam-  
bien, que el móvil se hallará al fin del movimiento único que ha-  
brán producido, precisamente en el mismo punto en que se de-  
tendria, si todas hubiesen obrado una despues de otra: La única  
diferencia que se observa entre una y otra *dinámica* (ciencia de las  
fuerzas) es que en la de los cuerpos, la fuerza que los anima nun-  
ca es suya, en vez de que en la de los espíritus, las voluntades  
que son unas acciones sustanciales, se unen, se enlazan ó bien  
ellas mismas se empujan ó se chocan, pues que solo son acciones.  
Puede muy bien suceder, que una voluntad creada anule, no digo  
yo el *esfuerzo* sino el resultado de la accion divina: porque en este  
sentido el mismo Dios nos ha dicho, que *Dios quiere* las cosas que  
no suceden, porque el hombre *no quiere* (1). De este modo lo,

(1) Jerusalem! Jerusalem! Cuantas veces he querido reunir á tus hijos  
Y TU NO HAS QUERIDO! (Luc. XIII 24)

Existen en el órden espiritual como en el material, *fuerzas vivas, y fuer-  
zas muertas*; y esto debe ser.

derechos del hombre son inmensos, y su mayor desgracia es el ignorarlos; pero su verdadera accion espiritual, es la oracion, por medio de la que poniéndose en relacion con Dios, ejerce, digámoslo asi, la accion todo poderosa puesto que la determina. ¿Quereis saber lo que es ese poder, y graduarlo por decirlo asi? Pensad en lo que puede la voluntad del hombre en el circulo del mal; puede contrariar á Dios, acabais de verlo: ¿qué es lo que puede esta misma voluntad, cuando obra de acuerdo con él? ¿Cuales son los límites de este poder? por su naturaleza no los tiene. La energia de la voluntad humana, nos sorprende vagamente en el orden social, y muchas veces decimos, *que el hombre puede todo lo que quiere*; mas en el orden espiritual, en el que los efectos no son sensibles, es la ignorancia muy general sobre este punto, y en el mismo circulo de la materia, no hacemos ni con mucho las reflexiones necesarias. Vos derribaríais fácilmente, por ejemplo, uno de esos escaramujos ó gabancos. Pero no podeis romper una cadena, ¿y por qué? La tierra está llena de hombres sin talento, que se apresurarán á responderos; *porque vuestros músculos no son bastante fuertes*, tomando asi con la mejor buena fé del mundo, el límite por el medio de la fuerza. La del hombre está limitada por la naturaleza de sus órganos físicos, al modo preciso, á fin de que no pueda alterar mas que hasta cierto punto el orden establecido; pues bien conoceis lo que sucederia en este mundo, si el hombre pudiera con solo su brazo, destruir un edificio, ó arrancar un bosque ó selva. Verdad es, que esta misma sabiduría que ha creado al hombre perfecto, le ha dado la dinámica, es decir, los medios artificiales de aumentar su fuerza natural; pero este don va acompañado tambien de un signo brillante de la infinita prevision; porque queriendo que todo el aumento posible fuese proporcionado, no á los deseos ilimitados del hombre que son inmensos, y casi siempre desordenados, sino tan solo á sus deseos prudentes, arreglados á sus necesidades, ha querido que cada una de sus fuerzas, fuese precisamente acompañada de un impedimento, ú obstáculo que nace de la misma y que crece y se aumenta con ella; de suerte que la fuerza ha de matarse ó destruirse ella misma, por el solo esfuerzo que hace al ensancharse. No se sabia, por ejemplo, aumentar proporcionalmente la fuerza de una palanca, sin aumentar proporcionalmente tambien las dificultades que han de inutilizarlo al fin; se puede aun decir, que en general, y en las mismas operaciones que no están sujetas á la mecánica, propiamente dicho, no sabia el hombre aumentar sus fuerzas naturales, sin emplear á proporcion mas tiempo, mas espacio, y mas materiales, lo que le entorpece ó estorba desde luego, de una manera que va siempre en aumento, y le impide ademas, obrar

clandestinamente, debiéndose fijar en esto cuidadosamente la atencion. Asi pues, por ejemplo, qualquier hombre puede hacer volar una casa, por medio de una mina; pero los preparativos indispensables son tales, que la autoridad pública, tendrá suficiente tiempo para ir á preguntarle que es lo que hace. Los instrumentos de óptica presentan ademas un ejemplo sorprendente de la misma ley, porque es imposible perfeccionar una de las cualidades cuya reunion constituye la perfeccion de estos instrumentos sin debilitar la otra. Puede hacerse una observacion igual con las armas de fuego. En una palabra; no hay escepcion en una ley cuya suspension destruiria la sociedad humana. Asi pues, en todas partes y en el orden de la naturaleza como en el del arte, hay sus límites. No doblaríais al arbusto de que os hablaba ha poco, si le oprimiéseis con una caña. No consistirá, no obstante en que os faltase la fuerza, sino le faltaria á la caña; y ese instrumento sumamente endeble es para el escaramujo, lo que el brazo para la cadena. La voluntad por su esencia, trasportaria las montañas; pero los músculos, los nervios y los huesos que la han colocado para obrar materialmente, se doblan en la cadena como la caña se doblaba en el escaramujo. Separad pues con el pensamiento la ley que quiere que la voluntad humana no pueda obrar materialmente, de una manera inmediata, mas que en el cuerpo que anima, (ley puramente accidental y relativa á nuestro estado de ignorancia y corrupcion) arrancará una cadena lo mismo que levanta un brazo. Mirese como se quiera la voluntad del hombre, se ve que son inmensos sus derechos. Pero en el orden espiritual, en el que el mundo material no es mas que una imagen y una especie de reflejo, la oracion es la *dinámica* confiada al hombre, guardémonos bien de privarnos de ella; eso seria lo mismo que querer que nuestros brazos sustituyesen al cabrestante, ó á la bomba de fuego.

La filosofia del último siglo que formará á los ojos de la posteridad una de las mas vergonzosas épocas del espíritu humano, nada ha olvidado para desviarnos de la oracion, por la consideracion de *las leyes eternas é inmutables*. Su objeto privilegiado, quiero decir, *único*, era el de apartar al hombre de Dios; y ¿qué otro medio mas seguro habia para conseguirlo que el de impedirle que orase? Toda esta filosofia no fue en realidad, mas que un verdadero sistema de ateísmo práctico; (1) yo he querido dar un nombre á esa estraña enfermedad: la llamo la *Theophobia*; tened cuidado, y la vereis en todos los libros filosóficos del siglo

(1) La teoría que niega la utilidad de la oracion, es el ateísmo verdadero, ó no difiere sino de nombre. (*Corrig. de orato opp.* tom. I. en fol. pág. 202).

XVIII. No decian francamente, *no hay Dios*: asercion que hubiera podido causar algunos inconvenientes físicos; pero decian: «*Dios no está ahí*. No está en vuestras ideas; estas proceden de los sentidos; no está en vuestros pensamientos, que no son más que *sensaciones transformadas*; no está en los castigos ó azotes que os afligen; esos son unos fenómenos físicos como otros que se esplican por las leyes comunes. No se acuerda de vosotros; nada ha hecho por vosotros en particular; el mundo se ha hecho para el insecto lo mismo que para vosotros. No se venga de vosotros porque sois muy pequeños,» etc. En fin, no se podía nombrar á Dios para esa filosofía sin que se pusiera convulsa. Escritores aun los de aquella época infinitamente superiores al vulgo, y notables por sus excelentes miras parciales, han negado francamente la creacion. ¿Cómo se habia de hablar á aquellas gentes de los castigos celestes, sin que se pusieran furiosos? *Ningun acontecimiento físico puede tener causa superior, relativa al hombre*: Ved aquí su dogma. Acaso algunas veces no se atreverá á articularlo en general, pero llegad á la aplicacion y negará en detall lo que viene á parar en lo mismo. Puedo citaros un ejemplo notable y que tiene algo de entretenido, aunque entristezca bajo otro aspecto. Nada les chocaba como el diluvio, que es el mayor y más terrible juicio, ó castigo que la divinidad ha ejereido nunca con el hombre; y sin embargo, nada era más bien admitido por todos los géneros de pruebas, capaces de fijar un hecho grande. ¿Pues qué hemos de hacer? Principiaron por negarnos obstinadamente el agua necesaria para el diluvio; y me acuerdo que en mis floridos años, mi fé juvenil se alarmó con sus razones; pero habiendo tenido después el antojo de crear un mundo por via de precipitacion (1), y necesitando indispensablemente del agua para operacion tan notable, la falta de esta no les ha estorbado, y convinieron con nosotros en conceder liberalmente una *cubierta* de tres leguas de altura sobre toda la superficie del globo; lo que no deja de ser muy decente. Algunos todavía pensaron en llamar á Moisés en su ayuda, obligándole con los más estraños tormentos á declarar en favor de sus sueños cosmogónicos. Bien entendido no obstante, que la intervencion divina queda enteramente estraña á esta aventura que nada tiene de particular: así pues, han admitido la sumersion total del globo en la misma época fijada por ese grande hombre, lo que han creído suficiente para declararse formalmete *defen-*

(1) No se trataba de *crear un mundo*, sino de formar las causas terrestres segun el autor lo ha advertido en una de sus notas de la segunda velada, previniendo esta observacion.

(Nota del editor.)

*sores de la revelacion*; pero de *Dios, de crimen y de castigo* ni una palabra. Casi nos han insinuado poquito á poco, que *no habia ningun hombre sobre la tierra en la época de la gran sumersion*, lo que ya veis que es enteramente *Mosaico*. Como esta palabra de *diluvio* tiene además algo de *teológica* que disgusta, se ha suprimido, y se dice *catástrofe*: de este modo aceptan el diluvio, del que necesitaban para sus vanas teorías, y quitan ó suprimen á *Dios* que las cansa. Ved segun creo, un bello sintoma de la *Theophobia*. Respeto con todo mi corazón las numerosas excepciones que consuelan el ojo del observador; y entre los mismos escritores que pudieron entristecer, molestar la creencia legítima, hago con gusto las distinciones necesarias; pero el carácter general de esa filosofía no deja de ser tal como lo he demostrado; y ella, la que trabajando sin descanso para separar al hombre de la divinidad, ha producido por fin la deplorable generacion que ha hecho y permitido hacer todo lo que vemos.

En cuanto á nosotros, señores, tengamos también nuestra *Theophobia*, pero que sea la buena; y si alguna vez la justicia suprema nos sobresalta, acordémonos de esa palabra de San Agustín, una de las más hermosas sin duda que han salido de una boca humana. *Teneis miedo de Dios, arrojaos en sus brazos* (1), Permitidme que crea, caballero, que estais muy tranquilo acerca de *las leyes eternas é inmutables*. Solo Dios es necesario, y nada menos preciso que el mal. Todo mal es un castigo, y todo castigo (exceptuando el último) está impuesto por el amor, tanto como por la justicia.

#### EL CABALLERO.

Me alegro mucho de que mis pequeñas sutilezas nos hayan valido ciertas reflexiones de que sacaré mi provecho: pero ¿qué quereis significar con esas palabras, *exceptuando el último*?

#### EL CONDE.

Mirad á vuestro alrededor, Caballero; observad los actos de la justicia humana; ¿qué es lo que hace cuando condena á un hombre á un castigo menor que la pena capital? Hace dos cosas con el culpable; lo castiga; y esta es obra de la justicia: pero además quiere corregirlo, y esta es obra del amor. Si no pudiera esperar más que el castigo bastase para hacer entrar dentro de sí mismo al culpable, casi siempre castigaria de muerte: mas cuando ha llegado por último ya por la repetición, ó bien por la universalidad

(1) VIS FUGERE Á DEO? FUGE AD DEUM.

de sus crímenes á convencerse de que es incorregible, se retira el amor, y la justicia pronuncia una pena ó castigo eterno; porque toda muerte es eterna; ¿como un hombre muerto podria dejar de serlo? Si, sin duda alguna, una y otra justicia no castigan sino para corregir, y todo castigo, *exceptuando el último*, es un remedio; mas el último es la muerte. Todas las tradiciones hablan en favor de esta teoria, y aun la fábula misma proclama la espantosa verdad.

THESEO ESTA SENTADO Y SIEMPRE LO ESTARA.

Ese rio que solo una vez se pasa, ese tonel de las Danaidas, siempre lleno y siempre vacio; ese higado de Titio, siempre naciente bajo el pico del buitre, que le devora siempre, ese Tántalo siempre dispuesto á beber aquel agua, á coger esas frutas que siempre se le escapan, esa piedra de Sysipho, siempre vuelta á levantar continuamente, ese arco, simbolo constante de la eternidad escrito en la rueda de Ixion, son otros tantos geroglíficos vivos, con los que es imposible equivocarse.

Podemos contemplar la justicia divina en la nuestra, como en un espejo, deslustrado en verdad, pero fiel, que no podria reflejarnos otras imágenes que las que ha recibido; veremos allí, que el castigo no puede tener mas objeto que el de destruir el mal, de suerte que cuanto mas grande y profundamente arraigado está el mal, mas larga y dolorosa es la operacion; pero si el hombre se vuelve todo mal, ¿como ha de ser posible arrancarlo de si mismo, y cual es la parte que deja al amor? Toda verdadera instruccion en que se mezcle el temor con las ideas consoladoras, advierte ó previene al ser libre, que no avance hasta el término en que ya no hay limite.

EL SENADOR.

Quisiera, segun mi cuenta, decir aun muchas cosas al Caballero, porque no he perdido de vista ni un instante su exclamacion: *¿y que diremos de la guerra?* Pues me parece que este azote merece ser examinado á parte ó separadamente. Pero observo que los terremotos nos han llevado muy lejos. Es preciso separarnos. Mañana Señores, si lo teneis á bien, os comunicaré ciertas ideas acerca de la guerra, porque es un asunto que he meditado mucho.

EL CABALLEBO.

Muy poco que elogiarla tengo, os lo aseguro; sin embargo, no sé porque sucede, que siempre deseo hacerla ó hablar de ella, asi pues, os oiré con el mayor placer.

EL CONDE.

Por lo que hace á mi, acepto el empeño de nuestro amigo, pero no os prometo que no tendré mañana que deciros nada mas sobre la oracion.

EL SENADOR.

Os cedo en ese caso la palabra para mañana: pero no vuelvo á tomar la mia. A Dios.